

rillo. La mayor parte sólo dejan ver un ojo y la mitad de la frente: aquél, por punto general oscuro y la segunda pálida como la cera. Si encuentran á un europeo en una calle apartada, algunas se cubren todo el rostro con un movimiento brusco y desgarbado y pasan arrimándose cuanto



Mujer árabe

pueden á la pared: otras aventuran una mirada entre desconfiada y curiosa; no faltando alguna que, más atrevida, lanza una ojeada provocativa y baja la cara sonriendo. Sin embargo, la inmensa mayoría ofrece un aspecto triste, cansado, envilecido. Las jovencitas son graciosas, y como no están obligadas á cubrirse, pueden apreciarse sus ojos negros, sus redondas mejillas, su tez pálida, sus bocas bien contorneadas, sus manos pequeñas y

sus breves pies. Pero á los veinte años están ya ajadas; á los treinta son viejas, y á los cincuenta una verdadera ruina.

* * *

Existe en Tánger un monstruo, una de esas criaturas sobre las cuales no es posible fijar la mirada, sin que se suscite el sobresalto de la duda hasta en el ánimo del más creyente. Dicen que pertenece al sexo bello; pero la verdad es que no parece ni mujer ni hombre. Una cabeza de orangután, mulata, con el pelo corto é hirsuto: un esqueleto con la piel cubierta de andrajos negros, casi siempre tendida en medio de la plazuela con la rigidez de un cadáver, ó sentada

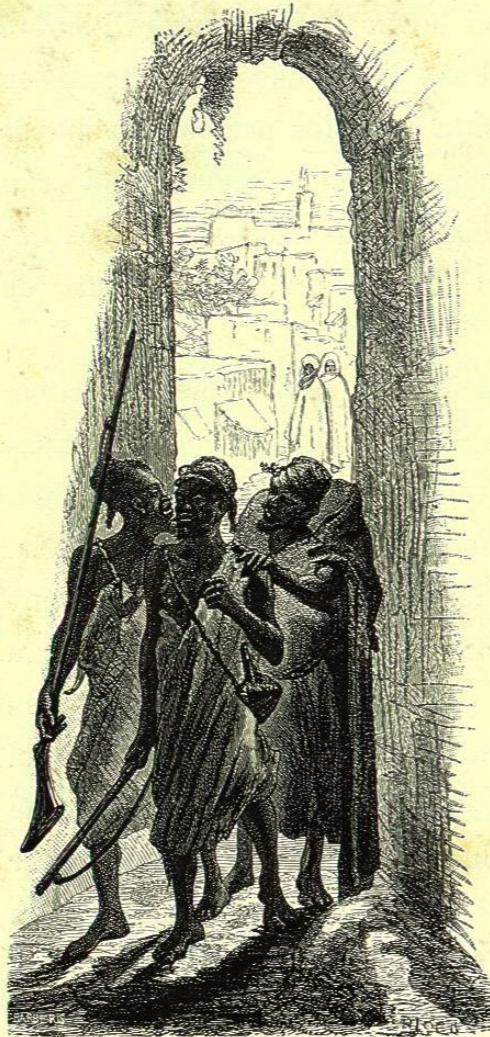
en un rincón: inmóvil y muda como una imbecil, cuando no la acosan los muchachos, contra los cuales se revuelve aullando ó gimiendo. Lo mismo puede tener quince años que treinta: su monstruosidad impide adivinarlo. No tiene padres, ni parientes, ni casa, ni hogar; se ignoran su nombre y el país de dónde procede. Pasa las noches acurrucada en las calles, en medio de la basura y de los perros. La mayor parte del día está dormida: cuando tiene que comer se ríe: si la acosa el hambre llora: cuando los días son claros, es un montón de polvo; cuando llueve, un hacinamiento de barro.

Una noche, pasando cerca de ella uno de los nuestros, púsole en la mano una moneda de plata envuelta en un pedazo de papel, para que al otro día tuviera una agradable sorpresa. La mañana siguiente encontramosla en medio de la plazuela, sollozando amargamente, enseñando una mano ensangrentada: alguno la había arañado á fin de apoderarse de la moneda. Tres días después la ví montada en un asno y deshecha en llanto, sostenida por dos soldados y seguida de una turba de chiquillos que marchaban dejando oír una gritería infernal. Se me dijo que la conducían al hospital, pero ayer la ví de nuevo dormida cabe la osamenta descarnada de un perro, que fué más dichoso que ella.

* * *

Al fin he sabido quiénes son esos hombres rojos, de rostro siniestro, que, al pasar á mi lado en las calles apartadas, me miran de una manera particular, que parece decir que ha cruzado por su mente la tentación de cometer un homicidio. Son aquellos temibles riffeños de raza berberisca,

sin más ley que su espingarda, que no reconocen autoridad de cadí ni de juez; piratas audaces, bandidos sanguinarios, en estado constante de rebeldía, que pueblan los montes de la



Riffeños berberiscos

costa desde Tetuán á la frontera argelina; que no han logrado hacer entrar en razón ni los cañones de los buques europeos, ni el ejército del Sultán; en suma, los habitantes de aquel Riff famoso, dentro del cual no puede penetrar extranjero alguno, como no sea bajo la egida de los santones ó la protección de los jeques, á los cuales va unido el relato de innumerables leyendas espantosas, y de quienes los pueblos limítrofes hablan vagamente, cual si se tratara de un país lejano é inaccesible.

En Tánger se ven algunos. Son altos y robustos; la mayor parte viste capa oscura adornada de borlitas de varios colores; alguno con el rostro lleno de arabescos amarillos; armados todos con fusiles extremadamente largos, cuya funda roja llevan ceñida á la frente á guisa de turbante; y marchan en grupos, hablando en voz baja, con la cabeza inclinada y ojo avizor, como cuadrillas de salteadores que



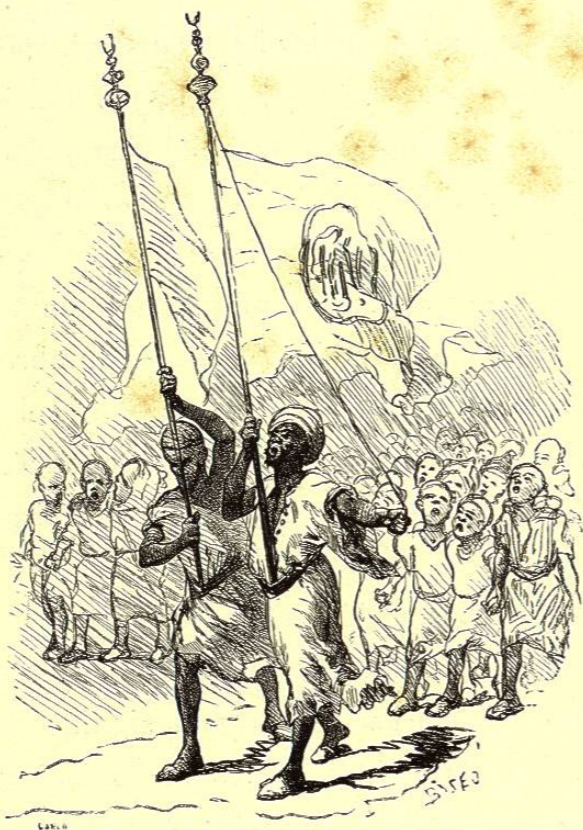
Novia conducida al domicilio de su marido

siguen la pista de su víctima. Comparados con ellos los árabes más salvajes parecenme amigos de la infancia.

* * *

Estábamos comiendo entrada ya la noche, cuando hemos oído algunos escopetazos que sonaban en la plazuela. Echámonos á la calle, y bien que de lejos, nos fué dado contemplar un espectáculo curioso. La callejuela que desemboca en la parte del Zoco de Barra, hallábase iluminada en una gran extensión, por medio de intensas luminarias que se distinguían perfectamente por encima de la muchedumbre, brillando alrededor de un objeto semejante á una caja, colocado sobre la grupa de un caballo. Esta enigmática procesión marchaba lentamente al compás de una música melancólica, de un canturreo arrastrado y nasal, de disparos de arma de fuego, de gritos estridentes y de ladridos de perros. Habiéndome quedado solo en medio de la plaza, permanecí durante algunos minutos haciendo calendarios respecto al significado de aquel aparato lúgubre, y devanándome los sesos acerca de lo que encerraba aquella caja, que así podía ser un reo condenado á muerte, como un cadáver, un monstruo, ó un animal destinado al sacrificio. En semejante incertidumbre, sentíme acometido por una especie de temor, que me hizo volver la espalda y dirigirme á casa lleno de tristes pensamientos. No había transcurrido un minuto cuando se me reunieron los amigos y me dieron la explicación del enigma. Dentro de la caja iba encerrada una desposada, una novia, y la gente que la rodeaba eran los parientes que la conducían á la casa del marido.

Ha pasado por la plazuela una turba de árabes, hombres y mujeres, precedida de seis ancianos portadores de sendas



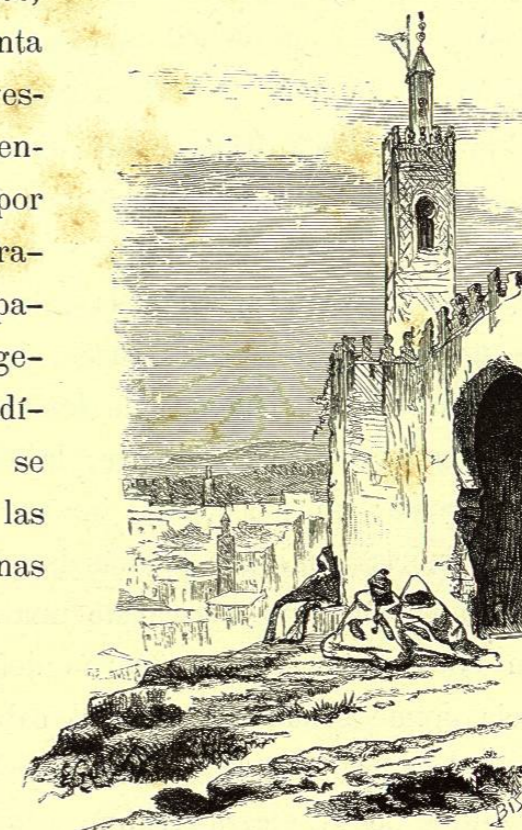
Rogativas para la lluvia

banderas de diverso color, y todos al par salmodiaban una plegaria con acento melancólico y aspecto triste, que me ha impresionado profundamente. He preguntado y se me ha dicho que reclaman de Alá el beneficio de la lluvia. Seguí sus pasos y ví que penetraban en la mezquita principal. Ignorando que aquí se halla terminantemente prohibido á los cristianos penetrar en una mezquita, al encontrarme junto á la puerta he hecho ademán de entrar. Un árabe anciano me ha atajado el paso, y balbuceando con aire asustado, no sé qué palabras que he traducido por — ¡Qué haces, infeliz! — me ha empujado hacia atrás, con un ademán semejante al que se emplearía para apartar á un niño de un precipicio. En consecuencia he debido contentarme con contemplar desde la calle las blancas

arcadas del patinejo, no pesándome gran cosa, habiendo visitado la gigantesca mezquita de Constantinopla, de que se me haya impedido la entrada en la de Tánger, desprovista completamente de todo carácter monumental, excepción hecha de los alminares. Pero aun éstos,

— robustas torres de planta cuadrada ó hexagonal, revestidas de mosaicos de diferentes colores, y terminados por una torrecilla de techo piramidal, — nada valen comparados con los blancos y ligerísimos, que como delgadísimas antenas de marfil, se lanzan al espacio desde las elevadas cimas de las colinas de Estambul. Mientras permanecía en la calle contemplando el patiecillo, una mujer, desde la parte posterior de la fuente de las abluciones, me hizo una seña con

la mano. Podría dejar creer que me envió un beso; pero he de confesar que me amenazó con el puño.



La alcazaba

He subido á la alcazaba ó castillo levantado sobre una altura que domina á Tánger. Es un grupo de pequeños edificios rodeados de vetustos murallones, en los cuales se

hallan establecidos la autoridad, la guarnición y los prisioneros, ó encarcelados. Sólo he visto dos centinelas que dormitaban, sentados ante una puerta situada en el fondo de una plazuela desierta, y algunos mendigos tumbados bajo los rayos de un sol abrasador, y medio comidos de moscas. Desde aquella eminencia se abarca con la mirada toda la ciudad de Tánger, que se extiende á los pies de la muralla de la alcazaba y trepa sobre otra colina. Involuntariamente se aparta la vista de aquella inmensa y deslumbrante blanca, sólo interrumpida aquí y allá por las manchas verdes de alguna higuera aprisionada entre las paredes. Distínguense las azoteas de todas las casas; los alminares de todas las mezquitas; los pabellones de los consulados; las almenas de la muralla; la plaza solitaria; la bahía desierta; los montes de la costa; un espectáculo inmenso, silencioso y espléndido, que bastaría á mitigar la más honda nostalgia. De mi muda contemplación vino á sacarme una voz aguda y trémula, que con entonación extraña, partía del lugar elevado. Volvíme hacia donde sonaba, y sólo al cabo de un rato de buscar, logré descubrir en la parte más alta del alminarete de una mezquita de la alcazaba, una pequeña mancha negra. Era el muezín, que dando á los cuatro vientos los nombres de Alá Mahoma, llamaba á los fieles á la oración. Después volvió á reinar el profundo y melancólico silencio propio del medio día.

* * *

El cambio de moneda en este país constituye una verdadera calamidad. He dado un franco al expendedor de tabaco

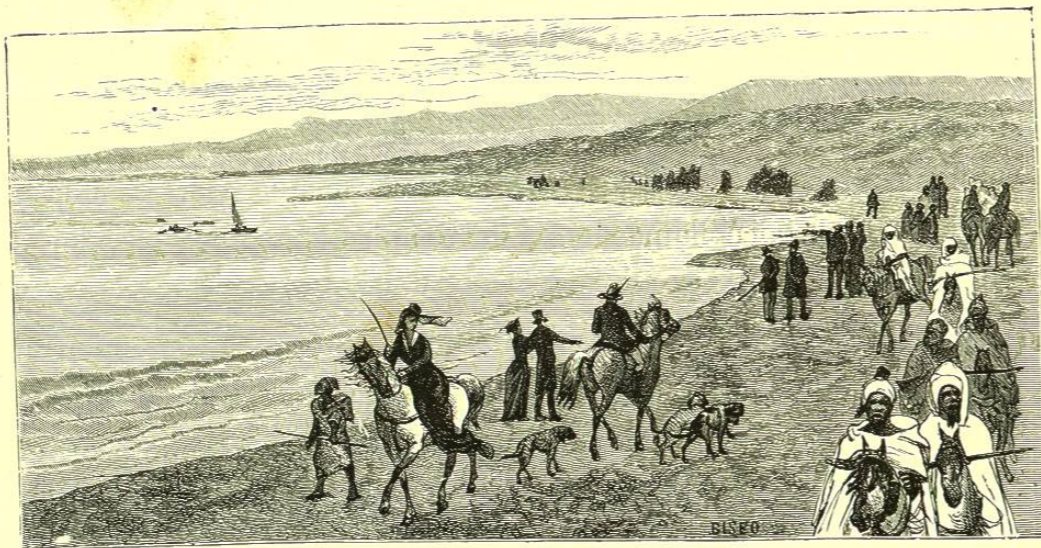
para que me devolviera diez sueldos, y este moro feroz ha abierto una cajita de la cual ha empezado á sacar puñados de monedillas negras, roñosas y deformadas, que ha ido amontonando sobre el banco, hasta tanto que han formado una cantidad bastante á constituir la carga de un faquín: ha contado con gran rapidez y esperado tranquilamente, dándome tiempo para que las embolsara.

—Dispensad,—le he dicho, procurando coger mi moneda de plata,—carezco de la robustez indispensable para comprar en vuestra tienda.

Creí arreglarlo tomando más cigarros; pero aun así sobró lo suficiente para llenar mi bolsillo de aquella menudencia monetaria, con la cual me hice explicar lo que era. Es una moneda de bronce llamada *flu*, cuya unidad no llega al valor de un céntimo, y aun así va descendiendo diariamente, porque Marruecos se halla verdaderamente inundado de ella, no teniendo por qué decir que la causa de su profusión, proviene principalmente de que el gobierno sólo admite en los cobros oro y plata, al paso que en los pagos da únicamente la moneda que nos ocupa. Sin embargo, como no hay cosa mala que no tenga, si bien se mira, su lado bueno, estos *flu*, este azote del comercio, tiene para los marroquíes la inapreciable virtud de librarles de no sé cuántos males y en especial de ser víctimas de mal de ojo, gracias al llamado anillo de Salomón, que llevan grabado en una de sus caras; una estrella de seis puntas, mal dispuesta y peor trazada, imagen auténtica y fidelísima del verdadero anillo guardado en el sepulcro del gran rey, que con él en la mano regía los buenos y los malos espíritus.

* *

No existe más que un sitio donde se pueda pasear y éste es la parte de playa comprendida entre la ciudad y el cabo Malabat: una playa llana, sembrada de conchas y vegetales arrojados por las aguas, y cubierta en distintos puntos de extensas charcas difíciles de vadear durante la alta marea.



La playa, cerca del cabo Malabat

Estos son como si dijéramos los Campos Eliseos, ó la *Cas-cine*¹ de Tánger. La hora del paseo es la de la caída de la tarde. En ella puede verse una cincuentena de europeos que pasean en parejas ó en grupos, á algunos centenares de pasos los unos de los otros, de manera que desde la muralla de la ciudad, se les conoce perfectamente á la distancia de una milla.

Distínguese en primer lugar una señora inglesa á caballo,

¹ Nombre del paseo principal de Florencia. Como si dijéramos *Queseria*.

acompañada de un guía; un poco más lejos, dos moros campesinos; después de los moros, el cónsul de España con su esposa; después un santón; después una camarera francesa con dos niños; después un grupo de campesinos árabes que cruza una charca enseñando las rodillas y tapándose la cara, y más lejos y á intervalos una chistera, un capuchón blanco, unas trenzas, y últimamente uno que debe ser el secretario de la legación de Portugal, á juzgar por el pantalón de color de perla que recibió ayer de Gibraltar. Porque debe saberse que en esta reducida colonia, todo el mundo está enterado de cuanto les pasa á los demás. Si no fuese irreverente la comparación, diría que se me antoja un paseo de condenados á domicilio limitado, ó viajeros convertidos en huéspedes forzosos de los piratas de una isla desierta, que aguardan la llegada del buque que trae el dinero del rescate.

* *

Es más fácil orientarse en medio de la inmensidad de Londres, que en este puñado de casas que cogerían perfectamente en uno de los ángulos de Hayde-Park. Todas estas callejuelas, rinconadas y encrucijadas, por las cuales á duras penas puede transitarse, se parecen unas á otras como las celdillas de un panal, y sólo por medio de una atentísima observación de las más insignificantes particularidades, puede llegarse á distinguir un lugar de otro.

En cuanto dejo la plaza ó la calle principal, para internarme por las laterales, ya me hallo perdido. En uno de estos corredores silenciosos y oscuros, dos árabes podrían apoderarse de mí en mitad del día, secuestrarme, y hacerme desaparecer de sobre la haz de la tierra, sin que persona